

Friedrich Nietzsche
Sobre verdad y mentira en sentido extramoral
Madrid
Editorial Tecnos
1996
90 páginas



La crítica nietzscheana al uso abstracto del lenguaje en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*

Abril Sánchez¹
Universidad Nacional de Mar del Plata

Friedrich Nietzsche, filósofo y músico, publica *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* en el año 1873, obra que pasará a formar parte de su juventud, caracterizada sobre todo por su actitud crítica a la cultura occidental. Este período se encuentra marcado por grandes ejemplares, como *El nacimiento de la tragedia* (1872) y *Humano, demasiado humano* (1878), obras que, en términos generales, sentarán las bases de la filosofía nietzscheana, determinada tanto por su mirada crítica a los modelos tradicionales de

¹ Graduada de la UNMDP del Profesorado en Filosofía. Estudiante de la Licenciatura en Filosofía. Integrante del grupo de investigación “Filosofía de la Historia, Epistemología y Semiótica”, dirigido por el Doctor Omar Murad. Adscripta estudiante de la cátedra de Seminario I, II y/o Socioantropológico: Representación y temporalidad en la filosofía del cine, departamento de Filosofía, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Contacto: abrilmarianelas37@gmail.com

moralidad como por su búsqueda de un nuevo sistema de pensamiento frente a la decadencia a la que, según Nietzsche, nos ha sumido la filosofía griega desde Sócrates. Así, en su crítica a la cultura occidental, abarca temas centrales como la moralidad, la religión, y hasta el lenguaje.

Es por ello que, en este ensayo, podemos ver cómo Nietzsche postula una mirada crítica hacia aquello que la sociedad contemporánea establece como verdadero a través del uso del lenguaje como fuente de conocimiento. De esta manera, analiza el uso abstracto del lenguaje, estableciendo que el mismo nace a partir de una carencia que presenta el hombre, en un intento por refugiarse de la realidad que lo rodea, de ese devenir constante que lo aterra. El lenguaje, en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, se ve atacado, pues los conceptos no son más que casilleros que el hombre se encarga de rellenar con aquello que cree conocer. Según Nietzsche, por medio del lenguaje no accedemos a una verdad absoluta, sino que, más bien, creemos hacerlo.

De esta manera, en este escrito, que, a pesar de ser breve, Nietzsche logra criticar el conocimiento, el lenguaje y el modo en que ambos se relacionan para formar lo que el hombre hoy en día cree que es la verdad. Es decir, el hombre contemporáneo cree que el lenguaje realmente representa la realidad, siendo que sucede todo lo contrario. Lo que verdaderamente sucede, afirma Nietzsche, es que el hombre logra *olvidar las semejanzas* que hay entre, por ejemplo, la hoja de un árbol de otra hoja de otro árbol completamente diferente, para agrupar a ambas en un único concepto: *hoja*. Nietzsche lo afirma de la siguiente manera: “una especie de arquetipo primigenio a partir del cual todas las hojas habrían sido tejidas, diseñadas, calibradas, coloreadas, onduladas, pintadas, pero por manos torpes, que ningún ejemplar resultase correcto y fidedigno como copia fiel del arquetipo” (Nietzsche, 1996, p. 24) En este olvido, el hombre imagina que tiene la verdad, que tiene el poder de clasificar y jerarquizar la importancia de los conceptos en una

enorme pirámide acumulativa de conocimiento, creyendo que es el único poseedor de una realidad objetiva. “¡Qué extrapolación tan arbitraria! ¡A qué altura volamos por encima del canon de la certeza! (...) ¡Qué arbitrariedad en las delimitaciones!” (p. 22)

El hombre, quien a diferencia del animal no encuentra sus capacidades de supervivencia totalmente desarrolladas, decide inventar el conocimiento, creyéndose un ser superior gracias a esta invención. Como tal, al ser el conocimiento una invención, oculta debajo de sí la verdadera existencia del ser humano; es un conocimiento ficcional, que se detiene en la superficie de las cosas. Por lo que, si en él se basa el conocimiento de la humanidad, la verdad no es nada más que una ficción. Ésta, afirma Nietzsche, ha sido una cuestión compartida por todos, cuando el hombre decide firmar el pacto de sociedad. Así, “se ha inventado una designación de las cosas uniformemente válida y obligatoria, y el poder legislativo del lenguaje proporciona también las primeras leyes de verdad” (p. 20)

Así, el lenguaje es criticado por Nietzsche en este ensayo como un conjunto de designaciones previamente acordadas para designar de manera superficial todo aquello que nos rodea. Pasado el tiempo, el hombre ha olvidado que estos eran conceptos, casilleros vacíos, metáforas de las cosas que no se corresponden con su realidad. El lenguaje, para Nietzsche, es arbitrario, engañoso; su única función es la de simplificar y categorizar. El lenguaje no es nada más que un proceso de metaforización. ¿Cómo llegamos a la verdad de algo si las palabras son metáforas? A continuación, uno de los pasajes claves en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* se lo cuestiona:

¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; las verdades son

ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas, sino como metal. (Nietzsche, 1996, p. 25)

El hombre científico, como la abeja, se encuentra en su colmena de conocimiento, segura, firme, alejada de la realidad en su devenir incomprensible para él. El hombre que hace uso de las metáforas no habla con certeza acerca de la verdad, sino que miente, y mientras más miente, debido a la seguridad que las metáforas le otorga frente a una posible verdad desgarradora, se olvida de ello, se olvida del carácter ficcional de las mismas. En este olvido adquiere la seguridad de poseer la verdad. Se olvida de que las metáforas son metáforas, y al olvidarse de esto, también se olvida de sí mismo y de su poder creador. “Si pudiera salir, aunque sólo fuese un instante, fuera de los muros de esa creencia que lo tiene prisionero, se terminaría en el acto su «conciencia de sí mismo»” (Nietzsche, 1996, p. 29) Así, el lenguaje crea un suelo firme del cual la ciencia va a nutrirse.

De esta manera, para Nietzsche, la ciencia y el hombre científico, o como lo llamará él: el hombre abeja en su colmena de conocimiento, “el hombre se eleva por encima de la abeja: ésta construye con la cera que recoge de la naturaleza; aquél, con la materia bastante más delicada de los conceptos que, desde el principio, tiene que fabricar por sí mismo” (Nietzsche, 1996, p. 27 y 28) se posicionan en un suelo seguro al que se contraponen la superioridad estética del arte. En este ensayo, se le brinda un carácter privilegiado al arte por sobre la ciencia, puesto que el hombre, gracias al arte, puede adquirir conciencia de sí mismo, y hacer uso de la imaginación. El filósofo lo describe de la siguiente manera:

El hombre despierto solamente adquiere conciencia de que está despierto por medio del rígido y regular tejido de los conceptos y, justamente por eso, cuando en alguna

ocasión un tejido de conceptos es desgarrado de repente por el arte llega a creer que sueña.

(Nietzsche, 1996, p. 34)

Así, el hombre científico, frente al arte, se encuentra eclipsado, puesto que en él se halla a sí mismo liberado. Pero, si bien está hechizado por la aparente verdad de las metáforas, por la tranquilidad y seguridad que esta le genera como refugio al devenir de la realidad, cuando aprovecha al máximo su capacidad imaginativa es cuando se halla a sí mismo completamente liberado.

El hombre artista, el hombre que imagina, se caracteriza por su intelecto liberado de la esclavitud de los conceptos que lo encasillan en la arbitrariedad y superficialidad; puede jugar con las metáforas, hace uso de ellas sin miedo alguno, sin causar daño. La imaginación, por medio del arte, recupera la singularización olvidada en los conceptos. Así, el hombre intuitivo se separa del hombre racional y científico, “tan rico, tan soberbio, tan ágil y tan audaz: poseído de placer creador, arroja las metáforas sin orden alguno” (Nietzsche, 1996, p. 35). Él, con su poder creador e imaginativo, hace uso de los conceptos de manera irónica, sin miedo a que le afecten, puesto que se guía de sus intuiciones. Así los distingue Nietzsche en las últimas líneas de *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*:

Mientras que el hombre guiado por conceptos y abstracciones solamente conjura la desgracia mediante ellas, sin extraer de las abstracciones mismas algún tipo de felicidad, mientras que aspira a liberarse de los dolores lo más posible, el hombre intuitivo, aposentado en medio de una cultura, consigue ya gracias a sus intuiciones, además de conjurar los males, un flujo constante de claridad, animación y liberación. (pp. 37-38)

Este hombre artista del que habla Nietzsche en los últimos párrafos de esta obra es el que luego abordará en obras sumamente importantes como *Genealogía de la moral* (1887) y *Así habló Zaratustra* (1882): él es quien representa la crítica a la moralidad tradicional y

el sistema de pensamiento occidental. Es el hombre que libera sus instintos naturales, que no se deja guiar por la acumulación de conocimiento, sino que más bien, representado por lo dionisiaco, se deja llevar por la música, la imaginación y el arte. De esta manera, el presente ensayo, breve pero impactante, nos ayuda a cuestionarnos acerca de las bases de nuestro conocimiento, qué consideramos como verdad y cómo esto se relaciona con el lenguaje. Asimismo, nos ayuda a explorar otras vías, como la imaginación y el arte, para lograr comprender aquello que nos rodea, aquella realidad de la que el hombre científico ha decidido esconderse.